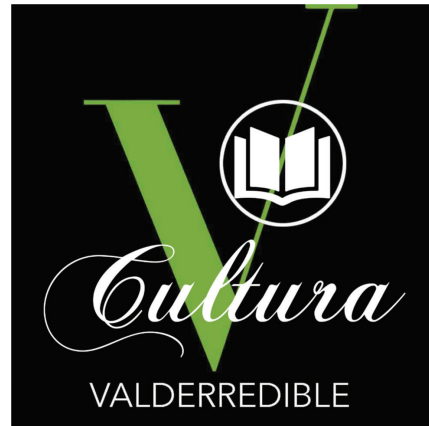




LA PATATA

Valderredible:
Donde el Silencio se Escucha



Microrrelatos Vallucos

Molino Tejada
convoca anualmente el
Premio Microrrelatos Vallucos,
para fomentar la creación literaria a través de la narración corta
(microrrelatos). El concurso se enfoca a ciudadanos y amantes del
Valle de Valderredible, para que compartan sus escritos, poemas,
historias, convicciones, visiones, perspectivas y anécdotas y así
hacer partícipes de su creatividad a los ciudadanos del mundo.

Los microrrelatos nacieron enfocados hacia la gente
mayor de Valderredible, uniéndose así a las otras dos iniciativas
culturales celebradas ese año 2018: el libro de gran formato
"Inmortales", y el primer mural de arte contemporáneo creado
por el artista internacional Okuda, en el pueblo de Ruerrero.

Aquí presentamos a los participantes y ganadores de la
II Edición dedicada a la patata valluca.

Microrrelatos Vallucos *2019*

La patata

*Sea como sea el olvido, lo que está presente
está más vivo que nunca.*

Aristos Ivo Tejada Kemiji

Presentación



A medida que nuestra comunidad avanza en el siglo XXI, el valle de Valderredible esta viviendo un cambio inevitable. Esta ola del futuro nos ofrece la oportunidad no solo de disfrutar de la belleza fugaz del presente, sino también de reflexionar sobre los vestigios de la tradición que nos llevaron a este punto en nuestra historia colectiva.

Para muchos de nosotros, Valderredible es un regalo de nuestra herencia, alimentando nuestras infancias y adolescencias. Personalmente, mi identidad y perspectiva sobre esta vida se ha basado profundamente en este valle, inspirándome a devolverle a este lugar, excepcional en el

mundo. A medida que crecí, escuchando a mi familia, amigos y vecinos contar la evolución de Valderredible a través de los triunfos y la adversidad, me impulsaron a preservar este legado para las generaciones venideras. Sabiendo muy bien que otros a mi alrededor han recibido fuerza y valentía de las historias del pasado, quise ofrecer una plataforma para que la gente de nuestra comunidad comparta su voz a través de la palabra escrita.

Durante el verano de 2018, el Molino Tejada, nido cultural de Valderredible, me brindó la oportunidad de realizar un concurso de escritura "Microrrelatos Vallucos" para que nuestra comunidad demuestre con orgullo su talento a través de increíbles anécdotas y vivencias plasmadas en microrrelatos. La primera edición, con un mensaje temático centrado alrededor de nuestros mayores de Valderredible, recibimos trabajos elaborados por personas de todo el Valle y de fuera de él.

Este concurso se convirtió instantáneamente en una experiencia de aprendizaje que nos hizo apreciar la historia de la maravillosa región de Cantabria, y nos recordó que Valderredible no es sólo un lugar en la geografía, sino un pueblo al que todos debemos tanto. En estos años hemos modificado y afinado este concurso, ya que la experiencia siempre brinda un escalón para mejorarnos y expandir este proyecto.

Después de este éxito inicial, quiero felicitar personalmente a todos los concursantes por sus esfuerzos, ya que capturaron momentos y escenas de este valle que se conservarán por escrito en estas publicaciones. Así que, sin más preámbulo, les dejo con los escritos de esta Segunda Edición dedicada a "la patata valla".

Ruerrero, verano de 2019

Aristos Ivo Tejada Kemiji

*Loyola Marymount University: B.A. en Filosofía (2015)
University of California, Hastings College of the Law: J.D. en Derecho (2018)*



Autores

Ganadora:

- | | |
|--|---|
| 01 Ana María de los Ángeles
Sánchez Gandarillas | <i>Perlas</i> |
| 02 Emilia María Alonso García | <i>La patata en la vida</i> |
| 03 Emilia María Alonso García | <i>Poema a la patata</i> |
| 04 Marisa Campo Martínez | <i>En la mesa verde limón</i> |
| 05 Daniel Alonso Felices | <i>Ese día</i> |
| 06 Alfonso Gracia Aranzábal | <i>Luis de Campo de Ebro</i> |
| 07 Paloma Incera Alvear | <i>Retrato</i> |
| 08 Pilar María Lorenzo Diéguez | <i>Requiem en sol menor</i> |
| 09 Pilar María Lorenzo Diéguez | <i>La piel habitada</i> |
| 10 Sanse Martínez | <i>El tío navajero</i> |
| 11 Roberto Millán Gallo | <i>Añoranza</i> |
| 12 Roberto Millán Gallo | <i>Valle</i> |
| 13 Guillermo Nogés Linares | <i>Sueños</i> |
| 14 Trinidad Ruiz González | <i>Tierra de patatas</i> |
| 15 John Tejada | <i>La patata una reflexión personal</i> |
| 16 Celia Tejada González | <i>La patata y yo</i> |
| 17 Juan José Tejada González | <i>Patatas asadas</i> |
| 18 Tiresias Tebas | <i>Patata vulluca</i> |
| 19 Carlos Alberto González | <i>Mi vida por unas patatas</i> |



Ana María de los Angeles Sánchez Gandarillas
San Vicente de la Barquera

Tengo una poesía en Marte
y un microrrelato en Ruerrero!!

Pedro llegó a casa con las últimas campanadas del Rosario, que se colaban en los hogares de Ruerrero como el día y la noche. Él pensaba que su eco, antes de tropezar con los montes, peinaba los robles, los tejos y las hayas. Pedro venía de jugar con sus amigos en la torre medieval pero, cuando regresaba, decidió nadar hasta una de las dos islas del río Ebro; allí se sentía el protagonista de La isla del tesoro... Pescó cangrejos para justificar la mojadura y evitar la reprimenda.

Antes de quitarse las albarcas esmengó¹ las yezas² de panojas y cebollas, y los atados de alubias que colgaban del balcón; le encantaba como cascabeleaban. Entró en casa y dio un beso a sus padres, se lavó las manos en el pilón de la cocina, y devoró una pera.

La madre amasaba harina de maíz y trigo para el desayuno, que yeldarían³ toda la noche, mientras guisaba patatas con judías y pimientos choriceros. El progenitor, sentado, acababa de cebar las vacas, y comentó que la novilla pariría con la luna llena.

También había cerrado el gallinero y el corral de las ovejas para que los zorros y los lobos no los mataran.

La esposa puso en la mesa el guiso, y una bandeja de torreznos y huevos fritos, y cenaron acompañados del chisporroteo de la lumbre, y el ronco moler del molino de Tejada. Tras la cena, padre e hijo, subieron la escalera de castaño hasta la habitación del chiquillo, que estaba a medio iluminar por la luna. Entre las dos ventanas se alzaba un armario ropero; el arcón de la abuela estaba enfrente; en medio del cuarto se ubicaba la cama y la mesita de noche donde reposaba el crucifijo de la primera comunión. Se desnudó, rezó, y se acostó con rapidez. Su padre comenzó a leer el capítulo

treinta y dos de La isla del tesoro, que había conseguido por medio del trueque, un queso de oveja curado, con una tendera en la feria de San Roque. Cuando concluyó la lectura, Pedro preguntó:

-Padre, ¿merece la pena arriesgar la vida por un tesoro?

-No, hijo. La vida es el mayor tesoro.

-La abuela decía que en el desván tenemos uno... El hombre suspiró y, acariciándole el cabello, le besó, apagó la vela y cerró la puerta tras él...

Pedro esperó unos minutos para subir al desván, no temía hacerlo porque su abuela le cuidaba desde el cielo. Abrió la trampilla y entró. El desván, apenas iluminado por la luna que se filtraba por el tragaluz, le permitía ver los escasos alimentos que quedaban: cebollas rojas, nueces, un canastillo mediado de caricos⁴, y varias yezas de ajos y pimientos choriceros que colgaban de las vigas. Había un espacio muy grande, cubierto con hierba seca, dispuesto para recibir el tesoro: las patatas que, como decía la abuela, eran perlas de tierra.

¹ Esmengar: empujar.

² Yeza: trenzado.

³ Yelda: reposa.

⁴ Caricos: alubias redondas de color vino.

Emilia María Alonso García
San Vicente de la Barquera

La patata en la vida

En el Valle de Valderredible el verano corría, y el sol hacía pensar que aquellos eran sus dominios.

Aquél hombre de edad avanzada caminaba aún erguido, pero sus pasos eran cada vez más cortos a medida que avanzaba.

que su vista abarcaba lucían verdes, cual vistosos jardines, adornados por miles de flores de un blanco inmaculado. Al resguardo de una apetecedora sombra, se sentó y admiró, era su obra...

El ímpetu que la prisa imponía abrió la puerta de aquella humilde casa de campo. Apenas seis años, llenos de vitalidad y urgencia por vivir, y también porque aquél conocido aroma empujaba al pequeño y aceleraba sus pasos. El guiso de patatas ahumaba dispuesto encima de la mesa, su aspecto atraía a voces.

Madre! exclamó Ramón, cuando sea un hombre, sembraré tierras inmensas de patatas, para que nunca dejes de guisarlas.

En el rostro de aquella mujer se dibujó una sonrisa de agrado, y su mirada se posó en la figura pequeña de su hijo, era una mirada de amor...

Quizás pasaron horas mientras Ramón repasó una vida, la suya, larga y llena de historia. Fueron unas voces a lo lejos, quienes dejaron al anciano de nuevo en la realidad.

Abuelo... Te esperamos para comer!

Hola pequeño! dime, sabes si hoy comeremos guiso de patatas?

No lo sé, abuelo, por qué me lo preguntas?

Bueno... creo que sentí el aroma de ese manjar...

Emilia María Alonso García
San Vicente de la Barquera

Poema a la patata

Interminables surcos de riqueza escondida,
degustando la tierra,
quien os quiere, os cuida.

Enterrarse no es morir, que nacéis a la vida!
abrigáis primaveras con flores bonitas,
vuestro verde es inmenso,
esperanza sumisa.

Al llegar el verano serán todo risas.
abriremos las manos, las llenaréis de dicha.

Abriremos la tierra
Con paciencia infinita.

El sabor exquisito se alcanza enseguida,
y el esfuerzo compensa
y el trabajo se olvida.

En la mesa verde limón



Marisa Campo Martínez
Santander

Es verano y en un bar de turistas con mesas verde limón en las que se anuncia el Pescado frito de la bahía, leo el libro recién adquirido. Caen sobre mi café con hielo, los aerolitos del poeta Carlos Edmundo de Ory. Copio en mi cuaderno de botánica, el que llama mi atención en la página treinta y uno: “En la Biblia, no hay patatas, ni tomates, ni chocolate”.

El autor del aforismo deja claras sus necesidades gastronómicas: un paraíso sin patatas, una protohistoria sin el tubérculo estrella, bien sea como plato principal o como guarnición, no es un paraíso. Se había omitido demasiado. La historia sagrada no es objetiva, pensé, le faltan continentes y contenidos.

Mientras reflexiono, la mujer de al lado, pide medio mollete con café y la de en frente, sesentona ella y generosa en carnes, le suelta un “guapo” al camarero consumido. Él, responde asustado: “Señora no me diga usted eso. Su marido se puede encarar conmigo”. Ella expresa un compungido perdón seguido del refunfuñar ofendido de su pareja, y yo dibujo en mi cuaderno una patata caliente.

Ignoro si el poeta gaditano, Carlos Edmundo, conocía aquel estribillo que cantaba la Trinká: *Pasa con el Darwin tanto dar la lata, si el hombre viene de la patata*. El grupo musical, rechazaba de un plumazo la teoría de la evolución de las especies. Patatas éramos, patatas seguíamos siendo y moriríamos siendo patatas o papas que para el caso es lo mismo. Pero los estudios se empeñan en seguir la dirección equivocada y nos hacen descender de una rama desgajada de los grandes simios.

Vuelve el “atractivo” camarero para atender a dos muchachitas extranjeras que le encargan unas patatas fritas en el idioma de Byron. Devoran con sus carrillos colorados, los áureos manjares a quienes Neruda dedicara una oda. Siento cierta envidia por el doradito crujir del alimento que en mi regocijo, no es congelado.

Diviso a lo lejos, como todos los días, al hombre de pelo largo con gafas oscuras. Lleva en los brazos, un muñeco de peluche que le supera en tamaño dos veces: un tigre. Sonríe cuando le hago la fotografía de las doce. Le he puesto un apodo: Byron; el mismo que afirmó que no corregía demasiado al escribir y cuando creaba era letal como el felino.

Para completar mi diversión, no dejo de imaginarme al estirado Polidori, amigo del lord y empeñado en introducirse en sociedad, en esta placita, comiendo un tremendo cucurucho de patatas a la inglesa con su globito hinchado en el costado y un puntito de sal provocativa, como si fuera uno de esos cuadros de Rubens que ambos tanto detestaban.



Daniel Alonso Felices
Población de Arriba

Ese día

Ese día iba a ser especial. Habíamos llegado al pueblo todos los miembros de la familia, desde mi abuela, hasta mis tíos y primos pasando por mis padres, mis hermanos y yo.

Nadie vivía ya allí desde que mis abuelos tuvieron que emigrar a la ciudad pero en Agosto siempre estaba mi abuela. Algunas semanas de verano nos quedábamos mis hermanos, mis primos y yo con ella, en lo que para nosotros eran las mejores semanas del verano.

Ese día habíamos quedado para recoger las patatas que teníamos plantadas en la tierra de La Tejera y para mí ese momento era toda una fiesta. Yo era bastante pequeño y me encantaba porque podía usar el azadillo que en otras ocasiones me estaba vetado. Me levante temprano ya que con los nervios no podía aguantar más tiempo bajo la manta y eso que en la cama calentita se estaba de maravilla.

Desayunamos por turnos puesto que no cabíamos todos a la vez en la cocina. Las sopas de pan me supieron a gloria. Todavía, hoy en día me gusta degustar este delicioso manjar de vez en cuando, es algo que me hace recordar aquellos años de mi niñez.

Recogimos todos los aperos necesarios y emprendimos el camino. Mis primos, mis hermanos y yo íbamos dando brincos contentos de alegría y con el alboroto los pájaros se espantaban a nuestro paso.

Una vez en faena, nosotros los pequeños seguíamos jugando más que trabajar aunque algo ayudábamos.

Así se nos iba pasando la mañana hasta que llegaba la mejor parte del día la hora del almuerzo. No hay nada que sepa más rico que unas buenas viandas en el campo durante una jornada de trabajo. Pan con queso y chorizo, y lo mejor de todo, unas patatas que asábamos allí sobre la marcha en una pequeña fogata y que sabían realmente a gloria. Terminada la jornada volvíamos a casa, cansados (unos más que otros) pero con una gran sensación de satisfacción.

Ese día fue el último que recogimos las patatas ya que no volvimos a sembrar, pero el recuerdo ha quedado grabado en mi memoria como si lo hubiese estado viviendo año tras año. Ese día comprendí lo que significan para mí las patatas de Valderredible.

Luis ...el de Campo de Ebro



Alfonso García Aranzábal
Torrelavega

El halcón otea vigilante. Su belleza me cautiva mientras planea suavemente sobre el valle del Ebro. Hace unos instantes ha salido de mi puño batiendo orgulloso sus alas y ahora permanece en el cielo, volando delicadamente, deslizándose por el aire, cauto, astuto y sagaz, esperando su momento. Imagino sus finos y agudos ojos posados en las vegas y en los bosques de robles, hayas y abedules.

Me recuesto sobre el prado mullido en el que me encuentro, el sol comienza a calentar y mis recuerdos de infancia me asaltan llenos de nostalgia.

Mi madre guisa unas patatas con cualquier cosa, carne de vaca, pollo, cordero... y su olor se extiende por toda la casa. Mi padre ha salido muy de mañana a arar la tierra con los bueyes para sembrar las patatas que nos darán estudios a los cinco hermanos.

Recuerdo su disgusto los años en que la cosecha se vendía apenas por unos céntimos el kilo, entonces guardaba los tubérculos para nosotros y para las vacas, los cerdos y las ovejas que teníamos y aquel año comíamos patatas a la importancia o con chorizo, a la riojana decía mi madre.

Nuestra casa penetra en la roca que alberga la ermita rupestre. Mi padre cuenta que a través de ella nos llega la espiritualidad, las plegarias y los anhelos de nuestros ancestros. Es una antigua casona que mis progenitores se encargaron de agrandar. Tien tres plantas, ventanas y balcones de madera y su puerta claveteada está siempre abierta en su mitad superior. Salgo corriendo de allí para ver a mi padre trabajando y aprovecho para coger endrinas, escaramujos y moras que se aprovechan en la cocina.

Y siempre el Ebro, fuente de vida, con un gran meandro en su recorrido hacia las hoces y los cañones. Pesco truchas y cangrejos y voy a bañarme en las zonas más bajas del río donde nos encontramos al mediodía con las mozas. Paseo por su ribera de alisos y fresnos, contemplo las nutrias y cazo ratas de agua, hasta llegar al molino en cuya presa afo las truchas que se me resbalan entre las manos y al volver para casa, al banocheer, tiro piedras a los murciélagos.

Creo que me he quedado traspuesto, miro al cielo y allí, a lo lejos, sigue la rapaz disfrutando de su libertad. Ahora, cuando regreso al pueblo, atiendo a los perros, suelto el halcón y busco petroglifos. Creo que todo es una excusa para perderme por el valle.

Aprovecho para buscar setas de temporada, coger patatas para casa y visitar por enésima vez iglesias románicas y ermitas rupestres.

Ya es hora de comer y llamo al ave para que vuelva. Me encanta verla venir haciendo un picado impresionante hasta posarse majestuosa en mi brazo.

Me he hecho mayor, pero nunca he olvidado el olor de aquellas patatas maternas que impregnó mi niñez, por eso voy corriendo a casa con el anhelo de que mi hermana haya guisado patatas.

Retrato



Palmira Incera Alvear
Torrelavega

A Begoña, a todas las mujeres que labraron este valle.

Piel fina, pequeñas máculas, imperfecta.
Interior sólido, presente, redondeces perfectas.
Sencilla.
Humilde, medras mejor en terrenos con humus.
Auténtica, es el sabor que da el secano.
Pobre y rica, como el terreno que te sustenta.
Suave a la vez que fuerte.
Recia, y sensible a lo pequeño, a temblor de mariposas, a terror de escarabajos.
Viniste de fuera pero eres de aquí de siempre. Maravillosas contradicciones solanáceas.
Has pasado tantas horas en la tierra que en tus recuerdos siempre apareces allí, cubierta de tonos ocres, mimetizándote con ella, como Los comedores que pintó Van Gogh.
Me cuentas tus vivencias:
Enraízas en primavera.
Te adornan ramas de hojas verdes en julio.
Deslumbras en flor. Compañera de muchas otras, formáis constelaciones de copos blancos estrellados, nieve de agosto.
Gestas. El milagro de engendrar nuevos pies, de ser ente y simiente, te abulta en hijos, os unen cordones umbilicales. Árbol genealógico subterráneo, que construiste con la energía del sol.
Gotas de agua, lágrimas y sudor te abren paso en la dureza, bajo el calor. En el mismo campo te llega un parto. Rebusca, pan de pobres.
Tú, sinónimo de corazón, llenas cestos con generosidad: creas vida, la haces crecer, das de comer. Más aún, dejas de ser para deshacerte en otros.
El retrato campesino que pintó el genio holandés es universal y acertado, pues te muestra como centro de la vida. Desde allí iluminas.
Ha pasado tiempo ya. Se acercan las mañanas agrias de frío y niebla. Casi se oyen rumores de badajos, de bocas que comen. No temas, no es tiempo de derrota. Los animales siempre estuvieron a tu lado, fueron tu abono, y te protege el adjetivo tardío.
Te marchitas lentamente, te secas. Te inclinas, como cuando te ocupabas de forma incansable de tu labor, pero ahora lo haces para descansar, volviendo despacio a la tierra de la que naciste.
Cada vez son más los tiempos de silencio. Es lección de abuela que todo llega, todo pasa. Pero no desapareces, existes ya en otros, aún nos nutres. Ciclo interminable, territorio que sigue vivo.
La ilusión es ver crecer tu esencia en formas reinventadas. Brotes violáceos que ya generan otra vida, deliciosa y tierna, un nuevo trato con la naturaleza.

Requiem en sol menor



Pilar María Lorenzo Diéguez

Nestares

Tal vez los cables de la luz que pasan por delante de la galería de la casa de mis abuelos tenían una misión que, cuando los instaló la compañía eléctrica, no acertaron los moradores a comprender. El abuelo medía las cosas por su utilidad y aquello, además de perturbar el hermoso paisaje, interfería la visión de su apreciada cosecha. De nada valieron sus alegaciones para que el tendido eléctrico no pasara por sus tierras, porque el progreso así lo exigía, le dijeron en el Ayuntamiento.

A la abuela, sin embargo, aficionada a la música, siempre positiva y muy imaginativa, le parecieron las líneas de un pentagrama. Le gustaba especialmente la segunda de abajo, la que sustentaba la nota sol, porque a través de ella, decía que cruzaban los rayos del sol de la tarde que iluminaban la galería. El mismo sol que caía sobre los campos cultivados de patatas y se acostaba, allá al fondo, sobre la superficie del río Ebro, después de colarse entre los árboles.

En esa galería, pasaron mis abuelos sus últimos años, uno al lado del otro, mirándose, acariciándose y examinando con orgullo el proyecto que con tanta ilusión y esfuerzo llevaron adelante, continuado luego sus hijos y nietos: la producción de patatas en Valderredible, un tubérculo afamado por su excelente calidad. Cogidos de la mano escuchaban el ruido de los tractores que se transformaba en melodía a través de esos tercios cables inmóviles. O percibían el silbido del viento, que mi abuela convertía en sinfonía, para aliviar el padecimiento del abuelo enfermo de cáncer. En los últimos días de vida del abuelo, dos tórtolas se posaban en su pentagrama particular y los acompañaban con sus arrumacos, en esas tardes de suspiros y agonía.

Cuando la abuela se quedó sola, siempre decía que en el silencio era capaz de escuchar, a través de aquellos cables, la musicalidad de los campos, como si la tierra, las patatas y los árboles también intentaran aliviarle la tristeza. Se sentaba en su mecedora, rodeada de sus libros, su música, sus recuerdos y las dos tórtolas que todas las tardes la visitaban. Una mañana, mientras paseaba, encontró un ave atropellada en la carretera. Esa tarde, sólo una de las tórtolas se posó sobre la segunda línea de aquel pentagrama soñado. La anciana buscó algo en sus ojos y únicamente encontró el gélido frío del invierno. Se dijo que la nota sol también empieza deletreando la soledad y esa soledad compartida se le antojó triste, muy triste.

Más allá de eso no tengo detalles. Sólo sé que a los pocos días encontraron a mi abuela inmóvil en su mecedora con una sonrisa serena y la flor blanca de la patata entre sus manos. La tórtola yacía inerte a sus pies con otra flor en el pico y una cadencia melancólica vibraba con el aire que entraba por la ventana abierta. Era el requiem en sol menor de Domenico Cimarosa.

La piel habitada



Pilar María Lorenzo Diéguez
Nestares

Pelo la piel de una patata

- Hola soy yo, déjame entrar. Quiero penetrar en tu interior, darme una vuelta y saborearte.
- Entra - dice la patata -La puerta está abierta, soy saludable, porosa y masticable. Mi carne es ligera y suave. Incluso mi aroma es nutritivo. Hasta cocida y asada soy un manjar. Pero frita hago las delicias del paladar.

Pelo la piel de una patata.

- Hola soy yo, déjame entrar. Quiero conocerte un poco más.
- Adelante - dice la patata - Soy de confianza, tengo una historia. Soy migrante, vine a Europa desde Perú, y vivo desde hace siglos en este valle, así que, soy valluca. De hecho, esa es mi identidad, mi sello de calidad que me distingue de las demás. En Valderredible somos cuatro variedades especiales: baraca, spunta, caerla y agria. Aquí el suelo y el clima son extraordinarios, la tierra es fértil y las aguas del río Ebro me saludan a su paso. Enraízo en la tierra que pisaron culturas milenarias entre restos de yacimientos arqueológicos, ermitas rupestres, iglesias románica y cuevas de ermitaños. Me gusta este lugar, es excepcional.

Pelo la piel de una patata.

- Hola soy yo, déjame entrar. Quizás puedas contarme algo más.
- Pasa sin llamar - dice la patata - Soy un tubérculo, también me llaman papa, allá por mi tierra de la infancia y los científicos me dicen Solanum Tuberosum, pero aquí, como te he dicho, me conocen en toda la provincia como patata valluca. Me distinguirás por mi aspecto ovalado y alargado. Mi carne amarillenta, además de mi textura firme, te recibirán sin tardar y mi calidad alimenticia te sorprenderá. Estoy bien resguardada entre los ecos de la Lora y de los robles del Monte Hijedo, protegida por la serenidad luminosa de la luna y bañada por el sol veraniego del mediodía. Capto los sonidos de los árboles de ribera balanceándose por la brisa, de las briznas de hierba, de las huellas repetidas en los senderos y el rumor de las flores al crecer. Yo misma produzco unas bellas flores blancas. La mismísima reina Maria Antonieta adornaba sus cabellos con ellas y Luis XVI se paseaba con mi flor en la solapa de su chaqueta.

Pelo la piel de una patata

- Hola soy yo, déjame entrar
- Entra sin preguntar. Méteme en la boca y saborearás un manjar - dice la patata

... y sin más, dejó de hablar.

El tío navajero



Sanse Martínez
Salcedo

Gregorio y Sebastián quedaron huérfanos muy pequeños; su tío Marcelino se hizo cargo de ellos.

No fueron mucho al colegio porque ayudaban en el campo de sol a sol cultivando patatas; eran muy distintos, mientras Sebastián gastaba lo que ganaba en vicios, Gregorio ahorraba para el futuro que planeaba junto a Resti, la chica que le gustaba.

Un día, Joaquín, hijo del comerciante que tenía la exclusividad del comercio de patatas en el valle, vio a Sebastián tonteando con su novia y acercándose, le reprochó que intentara quitarle la moza; discutieron pero no llegaron a las manos y Sebastián se fue con una sonrisa burlona, Joaquín le gritó: „¡ésta te la guardo!”

Pasados tres días el tío Marcelino llegó a casa cabizbajo y triste, suspirando explicó que le habían obligado a aceptar un precio bajísimo por toda su cosecha. ¿Qué iba a hacer ahora? Vivían exclusivamente de las patatas, sin más ingresos. El disgusto fue tan importante que le provocó un derrame cerebral que le llevó al camposanto en pocas semanas.

Sebastián intuía quién era el principal culpable de lo ocurrido y el deseo de revancha se apoderó de él.

En la romería de Campo de Ebro, Sebastián bailó y bebió sin control y cuando iba a regresar a casa, se topó con Joaquín y con ese odio visceral que le salía de las tripas sacó la „chaira made in albacete” con cachas de nácar y le obligó a desnudarse y cruzar el río; nadie se atrevió a rechistar al ver el fuego que tenían sus ojos, fruto de la mezcla de ira y alcohol.

Al poco de marcharse Sebastián, apareció Hipólito, un vecino de Arantiones, extrañándose de ver a Gregorio cultivando patatas en su finca; qué trago tan amargo fue descubrir que su hermano le había vendido también las tierras, pero a éste con documentos legales.

Al cabo de tres años recibió una carta de Sebastián desde Cuba pidiéndole dinero pero le contestó que ya no tenía hermano y que no quería saber más de él.

Tampoco nadie supo nunca nada más, según nos contaba el tío Ciriaco, uno de los hijos de Gregorio y Resti, que a sus noventa y pico años se partía de risa en su silla de ruedas al narrarnos el relato de: „su tío el navajero”

Añoranza



Roberto Millán Gallo
Avilés

Todos los veranos “ir al pueblo” era un ritual. Era sinónimo de vacaciones y de encontrarse en otro lugar distinto al tuyo habitual, más gris y sombrío. Enclavado en el Valle, y presidiendo un otero por el que discurre el joven Ebro, se encontraba mi destino vacacional: Sobrepeña.

El pueblo, como decíamos mis primos y mis amigos; el pueblo, lleno de ese aura de cielos azules y despejados durante el día y noches estrelladas imposibles de ver en la gran ciudad.

Veranear en el pueblo suponía ayudar a los tíos en las labores del campo, algo que nos venía bien para comprobar la diferencia entre el bullicio de la ciudad y la paz y tranquilidad, sobre todo, la calma con la que se hacen las cosas. Comprender y saber por qué se tenían que hacer esas labores y el motivo de las mismas.

Dentro de la ayuda que podíamos prestar y, por la época del año, nos tocaba la recogida de la hierba, segarla, darle la vuelta para que se oreé, cargarla en el carro con las angarillas para llevar más cantidad, e introducirla en los pajares donde la apilábamos para que los animales pudieran comer en el invierno.

Esa ayuda se prolongaba cuando había que madrugar y “con la fresca” había que ir a sulfatar las patatas. El oro verde que destacaba entre los prados que empezaban a ponerse amarillos con la llegada estival y que se encontraban así producto del color de su planta, tanto por su regadío como por el cuidado que le daban sus cultivadores; pero ese verde en ocasiones era atacado por el escarabajo y teníamos que poner frente a ello sulfatando las plantas.

De ahí aquellos madrugones para levantarnos a las fincas de patata, sulfatar tan pronto suponía que el agua de las gotas de rocío, que se formaron en la noche anterior con sus cielos rasos, contribuían a que el componente se quedara pegado a ellas. Tardamos tiempo en entender el porqué de aquellos madrugones, más si habíamos estado antes hasta las tantas haciendo chocolatadas y echando unas risas en el Campo de la Iglesia, fiel encubridor de nuestras partidas de mus por el mediodía a la sombra del chopo que aún pervive, y de nuestras risas y juegos cuando llegaba la noche; nada había más bello que contemplar como las estrellas fugaces se movían por el cielo, algo impensable para todos nosotros.

Todo era felicidad, la patata se cuidaba, se limpiaba, se araba para que los surcos estuvieran firmes y recibieran con agrado el agua que podía llegar vía regadío o por las escasas lluvias o fuertes aguaceros de verano que no solían ser habituales pero que alguna vez que otra vimos caer.

Su cosecha, allá por el mes de septiembre y octubre, suponía otra fiesta; veías como salían de la tierra los frutos de tanto esfuerzo durante el verano y pensabas que los madrugones y el dolor de la espalda (de riñones, según los tíos), habían merecido la pena.

Valle



Roberto Millán Gallo
Avilés

Media tarde. El viaje ha sido largo y hay que seguir caminando hasta llegar al pueblo. Se atraviesa toda La Vega en una línea recta que llega hasta la base de una gran peña a cuyos pies transcurre, lento y tranquilo con su caudal, el Ebro. Caminar supone ir viendo lo que se dejó atrás hace unos diez meses, la tristeza de la despedida, el tener que volver a la ciudad, las fincas con su tierra de aspecto triste pues han dado toda su cosecha, tanto de cereal como de hierba o de patatas.

Ahora los campos tienen ese aspecto juvenil y alegre que les da la larga luz del día y con la hierba recién segada oreando para poder ser trasladada a los pajares de las cuadras; también tienen otro aspecto los campos de cereal, algunos ya empezando a mostrar el color dorado que hará que sean cosechados allá por el mes de agosto; otros con las matas de patatas que cubren las fincas de un verde oscuro que se enriquece aún más con el aporte milagroso del riego que les llega a través del río Ebro.

Recordar todo eso es volver a la infancia y juventud de un valle que nos aportó amigos, vivencia, camaradería y el hacer que volvamos la vista atrás mientras esbozamos una sonrisa y pensamos que la vida ha pasado muy rápido pero que los veranos en el Valle merecieron la pena. Aprendimos el significado del valor y el esfuerzo por sacar de la tierra los frutos que nos aporta, el sentido de madrugar para ir a cuidar que las fincas de patatas no tuvieran el temido escarabajo que nos la dejaba creer, el apego por los animales y ver su sufrimiento cuando los uncían y tenían que dar vueltas en la era con el sol abrasador de agosto: había que sacar la parva adelante.

Vuelves la vista atrás, sientes mucha nostalgia por todos tus seres queridos que, lamentablemente ya no están, te acuerdas de sus caras, de su forma de trabajar, de entender la vida..., en fin, te acuerdas que una parte de tu vida pasó por ese Valle tan querido y al que hace tanto que no vas pero que siempre vuelves a recordar y te arranca una sonrisa, mitad de alegría, mitad de dolor; y cuando vuelves recuerdas en el lugar, las eras, el Campo de la Iglesia y sus risas de día y de noche, las fuentes a cual con agua más limpia, pura y cristalina; vuelves a las casas, a las antiguas cuadras que hoy ya no albergan animales y a las antiguas cortes donde dormían ovejas y cabras; recuerdas los almacenes donde se apilaban las patatas fruto del esfuerzo de su riego, cuidado, extracción esperando la llegada de los compradores de distintas zonas del país porque sabían que no había otro producto igual; tanto por el agua que las regaba como por el poder que tiene esta tierra para acoger tanto el cultivo como a las personas.

Sueño

Guillermo Nogués Linares

Ruijas

Como cada verano acudimos unos días al Valle, a la residencia familiar del abuelo emplazada en uno de sus cautivadores pueblos.

A nuestra llegada, siguiendo la costumbre, hicimos una primera parada en la cercana, pero muy transitada, pequeña panadería. ¡Eso sí que es pan!

Mientras mamá compraba la deliciosa “torta ” Abu aprovechó para mostrarme el edificio contiguo al obrador. Era un almacén de patatas en cuya pared principal lucía un sorprendente y reluciente mural de figuras fragmentadas en formas geométricas, pintado en colores vivos e intensos. Había sido realizado por un artista cántabro de renombre.

Allí, cercano a la casa, tenemos un terreno sobre el que, como en tantos otros de la zona, y desde hace ya más de ciento cincuenta años, había plantadas ipatatas!

- ¿Esta es nuestra tierra? ¿Qué son esas plantas que crecen en ella?

Pregunté a mi abuela mientras miraba por la ventanilla del coche.

- Patatas, dijo Abu.

- ¿Patatas? ¿Crecen en esos arbolitos?

- No Alejandro, me contestó ella. Las patatas salen de la tierra.

Mi condición de niño urbanita me hacía dudar sobre el origen del preciado tubérculo.

- ¿Quién inventó la patata? Pregunté después. Abu esbozó una leve y cariñosa sonrisa y contestó nuevamente.

- Sus primeros cultivadores fueron los Incas. Los conquistadores españoles la trajeron a Europa, desde América, hace ya cinco siglos.

- ¿Son buenas nuestras patatas?

Insistí en el interrogatorio.

- Las especiales características de esta tierra

y su clima hacen que sean tardías, se cosechan hacia octubre, y que tengan una carne amarillenta y firme, nutritiva, con unas cualidades organolépticas excepcionales, dijo ella.

- ¿Organolépticas?

- Sí, me refiero a su sabor, textura, olor, color... aclaró la abuela.

Llegamos a la casa y tras una frugal cena me fui a la cama. Aquella noche dormí bajo un cielo limpio, luminoso, al cobijo de un manto de estrellas y soñando que era un joven marino destino a las Indias, en busca de ese tesoro comestible, la papa.

- Imaginé que las aguas del caudaloso y frío Ebro eran la Mar Océana. Yo el Almirante. Que mi pequeña canoa era una carabela, y que en tamaña embarcación, acompañado de mis primos, navegábamos en busca de las riquezas del Nuevo Mundo, no el oro ni la plata sino otros caudales mucho mayores.

¡Tierra! gritó Martín cuando surcando el río nos acercamos al viejo molino, ahora exquisitamente restaurado. ¡Eureka! Exclamé. La situación era ya desesperada, apretaba el hambre y se nos estaban acabando los regalices y los refrescos.

Sudoroso y casi febril desperté sobresaltado entre el sonido del silencio, en penumbra, en el viejo caserón familiar en el que al amanecer se oyen el canto de los gallos y el crujir de la madera. -Patatas, patatas, patatas-, como las campanas de nuestra pequeña iglesia repiqueteaba insistentemente el vocablo en mi cabeza.

Amanecía y proveniente de la cocina llegaba ya el sabroso y apetitoso aroma a un guiso de ese tubérculo, esencia, identidad, historia y futuro del Valle.

Tierra de patatas

Trini Ruiz
Susilla

Había una vez una niña que a muy temprana edad ya conoció las patatas. Primero fue calentitas en el plato, su mamá las cocinaba casi todos los días para la cena: cocidas, en tortilla, ... etc.

Cada otoño cuando llegaba la “sacadera” de patatas, los hombres de su familia se ponían en marcha, y todas las mañanas, desayunar y a “uncir” los bueyes que llevarían el carro a la tierra que aquel año “tocaba” de patatas.

Esos días sus papás contrataban a algunos mozos y mozas del pueblo para recoger las patatas en la tierra.

Como esos días las mozas cenaban con la familia, la niña se relacionaba con ellas, que después de un duro trabajo, no escatimaban dedicar su tiempo enseñando juegos, figuras de papel, mil cosas, hasta la hora de cenar.

Esperando estaba la niña todo el día que llegara ese momento que pasaba con ellas y con sus hermanos pequeños.

Los bueyes tiraban del arado, del carro, pero cada planta de patatas los hombres con el azadón izas!, una cavada y aparecían las patatas que hasta entonces habían permanecido tapaditas mientras nacían y engordaban en el surco.

Cuando la niña fue creciendo la relación con las patatas además de ser uno de sus alimentos, fue laboral.

A recogerlas fue, a la misma tierra. “¡No os podéis imaginar qué abajo están!”, decía la niña-mujer, “¡están más abajo que el suelo!”.

Se recogían en cestos y se iban llenando sacos.

Los hombres cavando, izas!, izas!, izas!, y las mujeres y algunos hombres recogiendo.

El tiempo iba pasando y llegaron las primeras máquinas que aliviarían mucho el duro trabajo agrícola.

En la casa también llegaron cambios, otros útiles para cocinar y también nuevas recetas de cocina, como la “sopa de patatas”. La familia entró en la era moderna.

Ya las cenas iban a ser “sopa de patatas”, y a las patatas se les podía añadir huevo cocido o bacalao.

Y más y más pasó el tiempo, y más sofisticada maquinaria fue llegando. La maquinaria ya sembraba, ya recogía las patatas.

Y aquí se acaba la historia de una niña que nació en un pueblo que era y es: “Tierra de patatas”, y que ayudó a recogerlas en una etapa de su vida.

La patata: una reflexión personal



John Tejada
Ruerrero

Mi valle no gira en torno al sol. Gira en torno a la patata. Las tormentas van y vienen, las hojas cambian de color, el río crece e invade nuestras casas, pero las patatas permanecen. Para la mayoría de la gente la patata es un mero alimento, pero nosotros no somos esa gente. Nuestra constitución es fuerte, y nuestro carácter ha de serlo más aún. Nuestras manos han sido capaces de arrancarle vida a la tierra. ¡Y eso es precisamente lo que son las patatas, vida! Significan el medio de supervivencia de mi orgulloso valle. Cuando estábamos hambrientos la patata nos alimentó, cuando tuvimos frío la patata nos proporcionó abrigo. Las patatas procuraron un techo sobre nuestras cabezas. Durante los rudos inviernos vendíamos las patatas recolectadas de la última cosecha. Si no fuese por la producción de patatas en nuestro valle, este lugar no existiría.

Mis hermanos y yo trabajábamos de sol a sol en los patatales para llegar al hogar y comer esas mismas patatas que a día de hoy me siguen encantando. Imagina el poder de esa estampa. La de un crío salvaje que nunca perdió ni un ápice de amor por ellas. Las patatas son nuestros hijos. Nos preocupamos por ellas incluso antes de traerlas a este mundo. Después, cuando las recolectamos deseamos lo mejor para ellas. Esperamos que sean portadoras de felicidad para el mundo. Que unan a la gente en torno a un generoso festín con pan y vino. Deseamos que cada una de ellas se convierta en una deliciosa tapa o plato, para crear una vez más una comunidad en torno a la patata. Una sola persona puede plantarla, otra recogerla y otra cocinarla para que todos podamos comerla. Este pequeño tesoro es capaz de unir a la gente, ya sea en las tierras o en torno a una mesa. No cabe duda de su poder gravitacional sobre este valle.

Cuando nuestros ancestros trajeron la patata desde América no pudieron imaginar el cambio en el curso de la historia de este país. Es imposible ignorar que mi destino está unido al de las patatas. Cuando mi valle estuvo necesitado de ayuda y privado de recursos yo mismo tuve que salir en busca de ellas al extranjero. Mi aventura me llevó hasta los Estados Unidos, donde encontré el amor. Encontré una familia y recuperé un amor que creía olvidado, aquel amor que una vez conocí en mis años de juventud. Un amor que te lo ofrece todo sin pedir nada a cambio; un amor que aprendí de las patatas. Así que traje a mi familia de vuelta para mostrarles la magia del valle y sus patatas.

Ahora ellos lo entienden, y sus primos lo entienden, y sus amigos también. Tal y como mi familia caminaba a los campos cada día, ellos regresan cada verano para sentir la magia que ofrecen las patatas. Me llamo Ivo Tejada, y como la mayoría de vosotros, mi familia y yo le debemos todo a las patatas.



Celia Tejada González
Ruerrero

La patata y yo

Con 12 años es difícil entender por qué los veraneantes duermen en las mañanas de verano.

Después de una noche de jugar al escondite hasta las tantas yo tengo que levantarme a las seis, ponerme un buzo de mi hermano mayor (cuatro tallas más grandes que la mía) atarlo como puedo con una cuerdecilla a mi cintura, con un bote de tomate frito viejo y una media atada con goma que sirve de artilugio para poder esparcir el arseniato por los surcos y así, junto con mi compañero el rocío de la mañana, sulfatar el maldito escarabajo de la patata.

El día se abre en El Valle.

Los rayos de sol atraviesan como flechas la niebla y nos avisan que la tarea se termina.

Es hora de ir a casa, despojarme del buzo mojado por mi compañero el rocío, lavarme la cara y las manos en el triste fregadero y desayunar dos huevos fritos con torta de pan recién hecha por esa mujer que me fascina.

El baño en el Ebro al mediodía en el Rabín ilumina mi espíritu libre, borra la dura mañana y el sulfato de mi pelo largo, negro y liso. Me tiro de cabeza desde los árboles, buceo en la oscuridad del río lleno de raíces profundas, corrientes peligrosas y toda clase de peces escondidos en las orillas. Busco la libertad en el silencio, encuentro la soledad en el riesgo.

La ensaladilla rusa es el premio de cada mediodía de agosto: ese sabor de la patata cocida y fría acompañada de tantas cosas que sólo mamá sabe...

Por la tarde toca recoger yerba en el prado y llenar el pajar para las vacas en invierno.

Los pequeños a pisarla en el desván para meter más y más: el polvo llena nuestros pulmones de polvo negro que tardará días, quizá una vida, en aclarar...

La noche huele a tortilla de patatas, llena de alegría mi estómago y mi alma.

Me gusta con ese punto jugosa como la hace mi madre.

Con ese sabor y esas sensaciones se cierra el círculo diario de mi vida.

Yo y la patata... la patata y yo.



Juan José Tejada González
Ruerrero

Patatas asadas

Me quemo los labios y las yemas de los dedos.
Huele a tierra horneada. Pero qué buenas están!

Es otoño.
Domingo.
Media tarde soleada.
Unos niños de pueblo.

La tierra tiene ese aspecto alborotado del campo
después de recoger el fruto.
Se hace con arado romano o con azada.

Para nosotros es una aventura:
rebuscamos patatas,
las echamos en un montón
y encima ponemos ramas secas:
“Un buena pila”
Le damos fuego y se forma una gran hoguera.
Quedan las patatas chamuscadas por fuera
pero el interior para nosotros es un manjar.
Una gran merienda.

Ruerrero.
La vega.
PATATAS ASADAS.

Patata valluca

Las Indias (1494)

(Diálogo ficticio entre Isabel la Católica y Cristóbal Colón)

Parece una piedra y está duro como tal, pero ¿cómo alguien va a comerse esto? Majestad, los indígenas lo hacen, primero lo cuecen para ablandarlo y luego lo comen. Claro, son indígenas, atrasados comen cualquier cosa. Por fortuna, Dios ha querido que hayamos llegado a las Indias y en nombre de las Españas les llevemos la civilización a esas gentes.

Yo lo he comido Majestad y puedo asegurar que su sabor no se corresponde con el rudo aspecto que tiene, antes bien, cocinado es suave al paladar y sacia el hambre prontamente. Su nombre es tal vez primitivo, pero fonéticamente curioso y fácil, lo llaman: PA-TA-TA .

Valderredible 2019

Valderredible ¡vaya nombre! pensé para mí. El nombre me sonaba duro, casi impronunciable, pero el paisaje ¡válgame Dios, el paisaje! Conforme me adentraba iba teniendo la sensación de que no era yo el que atravesaba el valle, sino que el valle me atravesaba a mí, exhibiendo impudicamente ante mis asombrados ojos un derroche de belleza de naturaleza en estado puro, recia, indómita, sobrecogedora.

El río que recién nacido en el valle, apenas un pequeño manantial, va tomando posesión de sus dominios es arrogante y orgulloso. Sigue su curso, alimentándose con cascadas como la del Tobazo o la de Orbaneja y dando nombre a estas tierras, Valderredible: Valle de la ribera del Ebro.

Este valle tiene algo de inquietante. Necrópolis datadas en cientos de años de antigüedad y en tan extraordinario estado de conservación, que parecen indicar que la muerte quiere hacerse presente. Pero no es la muerte, sino la vida que estalla a cada paso que voy dando, cuando al alzar la mirada tropiezo con el vuelo de una orgullosa águila real, llevando a cabo su sinuosa danza aérea, o cuando me adentro en uno de sus bosques en donde la espectacular y envolvente vegetación, alberga tantos seres vivos, que flora y fauna inyectan vitalidad a dosis elevadas.

Además del paisaje, descubro en Valderredible una joya: la sencilla y común patata pierde aquí todo signo de vulgaridad. Sin duda será la tierra, pero el tubérculo que más sacia el hambre de las gentes, traspasa en Valderredible la simplicidad que se le asocia y pasa a ser una delicia gastronómica. Sí, la patata de esta tierra, será por los elementos que la nutren en el subsuelo, será por el mimo con el que el valluco la cultiva, será . ¿por qué será? no lo sé, pero lo cierto es que el paladar se regocija cuando la suavidad de este tubérculo, en cualquiera de sus mil preparaciones, entra en contacto con él.

Asada, guisada, frita, en soufflé, crema .. es un auténtico festival gastronómico. Tan sencilla y tan sublime, tan humilde y tan regia. Nuestra patata valluca traída de las Indias como exótico alimento, se ha hecho tan nuestra, que es seña de identidad del valle.

Tiresias Tebas

Rasgada



Carlos Alberto
San Martín de Elines

EPÍLOGO

Mi vida por unas patatas

LEYENDA POPULAR VALLUCA

Le dijo el juez a un convicto
pide tu último deseo
que dentro de un par de horas
en la sogá estarás tieso.

iii Quiero unas patatas fritas
y que sean de Ruerrero iii
si me das alguna más
las comeré en el infierno.

Que bien saben las patatas
que nacen cerca del Ebro.
Si me traes un par de sacos
ni te ahorco ni te entierro.

¿¿Por dos sacos de patatas
la muerte puedo librar ??
ii un carro de ellas le traigo
aunque las tenga que robar iii

De paso me trae dos vacas
que no tengo con qué arar
y en todo Valderredible
le nombraré sacristán.

Que buenas son las patatas
de este Valle compañeros
de no haber sido por ellas
me hubiesen tronzado el cuello.
Me vuelvo para el molino
que tengo llenas las trojes.
Que la mi mujer no sabe
que no es viuda, aunque se enoje.

Deja de moler el trigo
vamos a sembrar patatas
que si las prueban los jueces
ni te mueres ni te matan.

Copyright © 2019 by Celia Tejada

Todos los derechos reservados / *All rights reserved.*
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin consentimiento de los editores/
This book or any portion thereof may not be reproduced or used
in any manner whatsoever without the express written permission of the publisher.

Diregido por Aristos Ivo Tejada Kemiji / *Directed by Aristos Ivo Tejada Kemiji*
con el soporte de Boni Sánchez y Juan José Tejada /
with the support of Boni Sánchez and Juan José Tejada

Portada Okuda Art / *Cover Art by Okuda*
Fotografía Nathan DeHart / *Photography by Nathan DeHart*

Diseñado por Celia tejada y Yara Pisani / *Design by Celia Tejada and Yara Pisani*

Edición al cuidado de Boni Sánchez / *Edited by Boni Sánchez*



Molino Tejada, un molino del siglo XVI
afincado en las tierras pastoriles de Cantabria
y en la ribera del Ebro,
es un retiro íntimo y una asociación internacional
dedicada al cultivo del arte, la cultura y el bienestar.

www.molinodejada.com



UEKH
RIVERRO
RIVERRO

@OKUDART